porque en ella y en los cantares que hacían, referían todas las cosas memorables y casos sucedidos en las edades pasadas y presentes; y se cantaban en los areitos y bailes públicos y en ellos también decían las alabanzas con que engrandecían a sus reyes y personas dignas de memoria; para lo cual se esmeraban mucho en que el verso y el lenguaje fuese muy limado y grave.

Mandó luego edificar un grande y sumptuoso templo a su mayor dios, y otro muchos y buenos a otros de sus dioses. Comenzó a instituir y nombrar ministros para ellos, siguiendo la costumbre y usanza de sus padres (aunque no los chichimecas, que éstos no los tuvieron en mucho número, por decirse de ellos que sólo adoraban al sol, teniéndolo por padre; y si fuera con la inteligencia que dijo el Philósofo, que el sol y el hombre engendran al hombre, decían verdad, y a la luna teniéndola por madre; pero siguió a las otras gentes de quienes también procedía), y en orden de su falsa y mentirosa doctrina adoró muchos dioses, no porque los tenía por tales (como adelante diremos) sino por seguir el común de los otros que los adoraban, y les hizo templos y adornó sus casas; y esto fue con grandes ventajas en éste y en sus sucesores y eran muy mayores que los de Mexico (como en el libro de los templos hemos dicho),[1] a lo cual me remito.

CAPÍTULO XLII. *De la guerra que Itzcohualt hizo a los de Xuchimilco, acompañado de Nezahualcoyolt, y a los de Cuitlahuac y Quauhnahuac; y de su muerte*

EN ESTAS COSAS ESTABA OCUPADO NEZAHUALCOYOTL, y otras muy convenientes para la república, cuando vinieron mensajeros de Mexico, del rey Itzcohuatl, que en su nombre le pedían que mandase hacer gente, como él la tenía ya hecha, para ir sobre la ciudad y provincia de Xuchimilco para sujetarla (que estaba substraída con las cosas pasadas y no reconocían señor, más de los que en la república los gobernaban). Bien se echa de ver, por esto, el arriscado pecho del rey Itzcohuatl y las ganas que tenía de verse emperador de tantas naciones como su suerte tenía aparejada, queriendo mostrar en su ánimo la dicha grande que a los que no son legítimos de su nacimiento la naturaleza muchas veces les concede, que por secretos juicios acaece, que se contenta de dar a mayorazgos y herederos de grandes posesiones y rentas, sólo aquel bien de haberlo heredado de otros, sin poner de su parte más de su persona y los merecimientos de sus antepasados, de los cuales lo han ido heredando sin derramamiento de sangre propria, ni con inteligencia de astucia humana, y a estos tales acontece muchas veces que les basta, para su estimación y honra, verse hijos legítimos de tales padres y en la posesión de tantas y tales rentas; pero a los que carecen deste favor natural y que por algún caso adverso son hijos de sus mismos padres, habidos por modos ilícitos y bastardos o naturales, como

[1] Torquemada. lib. 3

faltos de bienes temporales les suelen succeder los naturales, que son de buena dicha y próspera fortuna, dándoles puerta por donde entren ganando por su persona, lo que por herencia les es negado y con la osadía de que son dotados, emprendan cosas que los hagan iguales en merecimientos a los que no lo son por igualdad de partos; de lo cual tenemos grandes y copiosos ejemplos; pero dejados todos (por evitar prolijidad), digo de Itzcohuatl, que para seguir el alcance de su ventura y ganar nombre de soberano emperador (cosa que por legítima sucesión otros merecían mejor, por ser éste hijo de esclava, aunque hubiese sido hijo de rey) envió sus mensajeros a Nezahualcoyotl, su sobrino, rey de Tetzcuco, que a la sazón se ocupaba en lo que más convenía a la conservación de su reino y señorío, pidiéndole ayuda para contra los de Xuchimilco. Hízolo así Nezahualcoyotl y vino con su gente y todos los tres reyes juntos salieron contra los xuchmilcas y presentáronles la batalla; ellos, que sabían lo que había pasado con los de Azcaputzalco, Coyohuacan y otros pueblos grandes que tenían ya a su obediencia los mexicanos, temieron el acometimiento; pero no de manera que les rindiesen las armas, antes con ánimo valeroso de perderla antes que rendirse; con esta determinación les salieron al encuentro y trabaron una muy reñida batalla, donde se mostraron muy fuertes y valerosos los xuchimilcas; y los mexicanos se volvieron a su ciudad con toda la gente; pero volvieron segunda vez con más poder y fuerza y acometiéndose los dos campos, prevaleció el de los aculhuas y mexicanos y hicieron a los xuchimilcas desamparar su ciudad y huir a los montes. Siguieron el alcance los mexicanos, en el cual murieron muchos principales y plebeyos. Esta guerra duró once días y después de la victoria saquearon la ciudad y se apoderaron de ella. Viéndose vencidos los xuchimilcas trataron entre sí de entregarse a Itzcohuatl, lo cual hicieron entrando en su presencia con sartales de piedras preciosas, cadenas o collares de oro y otras muchas riquezas, con que se presentaron. Recibiólos Itzcohuatl con rostro alegre y admitió su presente; y desde este tiempo quedaron por sus vasallos y a su obediencia y mando. Hízose jurar por su rey y prometió de hacerles mucho bien y excusar el mal que pudiese. Con esto se le rindieron y quedaron por sus tributarios. Vueltos de esta guerra ya muy animados y esforzados, con la próspera fortuna que en todo les iba corriendo, fueron luego el año siguiente contra los de Cuitlahuac, pueblo grande y de mucho gentío, situado en la laguna dulce, que por estar enmedio del agua era muy fuerte; pero fue la suerte de los de Cuitlahuac muy adversa y así vinieron a poder del mexicano, como los de Xuchimilco, aunque duró la guerra hasta vencerlos, siete días, en los cuales se mostraron los unos y los otros muy valerosos; pero al fin hubieron de rendirse los cercados, con el partido que los otros, entrando en la presencia del rey, con un grande presente de oro y otras cosas de mucho valor y precio. Y en esta ocasión tengo por fábula y cuento lo que dice Acosta[1] de los muchachos canoeros, con que venció a estas gentes (como también lo es, creer que hubo Tlacaelel como en otra

[1] Acosta. lib. 7. cap. 15

parte decimos) y si los hubiera visto, como yo los he visto y tratado, supiera que no se habían de vencer tan a lo niño, porque eran de corazón y ánimo valientes y según lo que vamos diciendo de la liga y concordia con que estos reyes de Mexico y Tetzcuco peleaban, ayudándose los unos a los otros, se verá cuán de risa y sin fundamento es lo que luego en este mismo capítulo prosigue de los tetzcucanos, diciendo que viendo estas victorias fueron de parecer de sujetarse al rey de Mexico y convidarle con su ciudad como lo hicieron; y que desde entonces les quedaron con reconocimiento. Y no sólo no es verdad, pero es directamente contra ella. Y esto que afirmo es tomado de las mismas historias mexicanas y tetzcucanas, que son las que sigo en este discurso y las que tengo en mi poder, así de pinturas como en lengua mexicana, la cual escribieron indios antiguos que luego que se convirtieron, comenzaron a escribir, y entonces tenían más noticia de sus historias que sus hijos, que después de ellos los siguieron y han seguido, de los cuales apenas hay hoy quien pueda decir nada, ni aun declarar la etimología o significación de algún nombre que sea dificultoso en el significado.

El señor del pueblo de Xiuhtepec, que es poco más de una legua del de Quauhnahuac, a la parte del mediodía desta ciudad, envió sus mensajeros pidiéndole por mujer una hija, que tenía, la cual se la concedió y celebráronse los conciertos, con muchas fiestas y regocijos. Después otro, de otro pueblo, llamado Tlaltexcal, se la pidió a su padre y se la dio. Afrentóse desto Cohuatzintecuhtli, señor de Xiuhtepec, y con el enojo que recibió de verse burlado, trató de su venganza; pero como era poderoso el de Quauhnahuac no se atrevió con sola su gente a salir a la demanda; pero habiendo oído las grandes victorias de los mexicanos y sabiendo la pujanza con que su dios Huitzilopuchtli les favorecía; y teniendo por cierto que con su ayuda saldrían con victoria, envió sus embajadores al rey Itzcohuatl, ofreciéndosele por amigo y rogándole le favoreciese en aquel caso; oyólo el rey y viendo ser buena la ocasión para comenzar a ensanchar sus reinos, los despidió prometiéndoles su ayuda muy en breve. Dio luego aviso a Nezahualcoyotl, rey de Tetzcuco y pidióle que apercibiese su gente. El mismo aviso envió a Totoquihuatzin, rey de Tlacupa; y habiendo dispuesto todas las cosas necesarias y determinado el día, fueron todos tres a dar el socorro que los de Xiuhtepec pedían. Salió el de Mexico por la parte de Ocuila, para acometerles por la del poniente. El de Tlacupa fue por esta de Tlazacapechco, para entrarles por la del norte. El de Tetzcuco fue a salir a Tlalquiltenanco, para entrar con los de Xiuhtepec por la del oriente y mediodía. Los de Quauhnahuac, viendo el poder que contra ellos venía, juntaron sus gentes y hiciéronse fuertes en su ciudad y comenzaron la batalla. Acometieron los de Tlacupa por la parte que les había cabido; pero fue tanta la gente y fuerza de ánimo que cargó sobre ellos que los hicieron retirar; a esta sazón acometieron los mexicanos por su parte y los tetzcucanos por la suya, ayudados de los xiuhtepecas; y fue tanta la batería que les dieron que los hubieron de vencer y rendir, porque les entraron de golpe todos juntos por diversas partes del pueblo, a las cuales no pudieron acudir a defender sus moradores y llegaron los contrarios hasta el templo mayor

que tenían y le pusieron fuego y lo quemaron. Con esta pérdida y mortandad que hubo de gente se rindió el cacique al rey mexicano, y desde entonces quedó tributario al reino de Mexico y le reconoció con mantas, huipiles y naguas de algodón y el mismo algodón en capullo; y cada cual se volvió a su casa, haciendo volver a los que se habían huido del pueblo y lo habían desamparado. Vuelto Itzcohuatl desta guerra de Cuitlahuac, comenzó en esta ciudad de Mexico el templo del ídolo llamado Cihuacohuatl (que quiere decir mujer culebra) y luego, el año siguiente, se hizo también el de Huitzilopochtli (que era el mayor dios que tenían los mexicanos). Fue contra los de Tultitlan y Quauhtitlan, y los venció y hizo tributarios de Mexico. Habidas todas estas victorias, y estando el reino mexicano ya extendido por las provincias comarcanas de su ciudad, adoleció Itzcohuatl de la enfermedad de la muerte, que como a todos es natural no le valieron sus fuerzas ni ventura para escaparse de ella, porque el más venturoso en las cosas de fortuna suele ser el más desdichado en gozarlas; y si no véase el ejemplo en el emperador Alejandro, que no hubo bien conquistado el mundo, cuando sintió en su cabeza el golpe de muerte, que se lo llevó y dio con él en siete pies de tierra, donde sus huesos habrán sido pisados y hollados de muchos; y lo mismo se puede considerar en Julio César, cuando menos esperaba la muerte, aunque la recelaba. Finalmente murió Itzcohuatl y fue enterrado con la solemnidad que ya habían comenzado a usar en los entierros de sus antecesores; y trataron de elegir nuevo rey, como en el capítulo siguiente diremos.

CAPÍTULO XLIII. *De la elección de Motecuhzuma, primero de este nombre, llamado también Ilhuicamina, quinto rey mexicano*

OTECUHZUMA (que quiere decir hombre sañudo) fue llamado por otro nombre Ilhuicamina (que quiere también decir el que tira flechas hacia el cielo); qué fuese la causa de haberle puesto estos nombres no lo sé, aunque siempre acostumbraron estas gentes fundarse en alguna, para dársele el día que lo lavaban en su niñez (como en otra parte decimos). Este Motecuhzuma era capitán general de los mexicanos, el cual es el que en la batalla que se tuvo con los de Azcaputzalco, fue el que más valeroso se mostró (como en aquel lugar dejamos dicho), por lo cual, muerto Itzcohuatl, rey mexicano, trataron estos mexicanos de elegirle por rey, pareciéndoles que quien con nombre de solo capitán se mostraba tan valeroso, que con el de rey había de hacer hazañas dignas del reinado. Con esta determinación fueron a Nezahualcoyotl, rey de Tetzcuco, diciéndole lo que entre los mexicanos estaba tratado; y que pues eran de una alianza y confederación mexicanos y tetzcucanos, le suplicaban considerase el caso y viese si les estaba bien y si concurría con su parecer. Nezahualcoyotl, que conocía